



entrevista → Gisela Kozak Rovero fotos → Karim Dannery

## Ana Teresa Torres

### Testimonio ante lo real

«Mi objetivo es provocar en el lector un efecto, una resonancia.» Así resuena el país en sus novelas, libros de ensayo y psicoanálisis. En esta entrevista aborda el papel del intelectual, la literatura y la cultura en el contexto venezolano actual.

En una época en que en Venezuela se ha debatido sobre todos los temas posibles, la cultura y la literatura han tenido un espacio insignificante. Se dice al respecto, entre otras cosas, que los escritores excluyen a los sectores populares y están de espaldas al país, y que en las sociedades masificadas los medios de comunicación sustituyeron su voz en la formación de la opinión pública. Pese a estos criterios nuestra literatura se ha ocupado de Venezuela de un modo constante: un ejemplo es Ana Teresa Torres (Caracas, 1945), quien además participa como pocos autores(as) en la esfera pública. Esta participación guarda continuidad con sus libros, relacionados con la vida nacional (*Doña Inés contra el olvido*, *El exilio del tiempo*, *Los últimos espectadores del Acorazado Potemkin*), la mujer (*Malena de cinco mundos*, *La favorita del señor*), la marginalidad como lugar en el mundo (*Vagas desapariciones*), y el campo cultural y literario contemporáneo (*A beneficio de inventario*, *El alma se hace de palabras*, *El hilo de la voz. Antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX*, con Yolanda Pantin). Además de novelista, es psicoanalista (*Territorios eróticos*, *Elegir la neurosis*, *El amor como síntoma*) y presidenta del capítulo venezolano del Pen Club, organización que agrupa a los escritores de decenas de países con el fin de defender la libertad de creación y expresión.

**¿La intelectualidad venezolana –especialmente la autocalificada de izquierda– fomentó el escepticismo en contra de la democracia?**

Las clasificaciones de izquierda y derecha me son intolerables, son una pieza arqueológica. En todo caso, es cierto que a partir del fracaso de la lucha armada venezolana y las guerrillas en los años sesenta, muchos intelectuales se integraron a las universidades y a instituciones culturales como el INCIBA, los museos, las editoriales. Pensamiento, cultura e izquierda se integraron en una trilogía que influyó en la formación de las nuevas generaciones y en la opinión pública, en el sentido de convencerlos de que la democracia venezolana era solamente un sistema político formal pero sin «verdadero» fondo democrático. Sin embargo, los intelectuales que a fines de los ochenta más propiciaron la antipolítica –el rechazo a los

partidos y al oficio mismo de político–, y que de ese modo contribuyeron a crear un vacío de representación favoreciendo el advenimiento de un gobierno de corte militar y antidemocrático, fueron los llamados «notables» calificados de intelectuales de derecha. Los escritores e intelectuales venezolanos han sido, somos debería decir, unos analistas políticos poco confiables, siempre tenemos que ser contestatarios, renovadores, criticar, impulsar modificaciones, porque lo que existía, por principio, estaba mal. Esta perspectiva vale para la democracia –olvidándose su ascenso en los años sesenta y setenta para insistir en su caída en los últimos veinte años–, y explica también nuestra precariedad institucional. Cuando yo llego como gobierno en vez de ver que hay una institución que quiero mantener, que ha hecho cosas importantes que hay que conservar a pesar de las que estén equivocadas, mi actitud es que yo lo voy a hacer todo nuevo, desde el principio. Yo he llamado a este fenómeno la utopía de la renovación, una utopía de la erradicación de lo anterior y la renovación total, que nos lleva a la ineficiencia y al fracaso, a perder mucho tiempo y no construir. Es una actitud suicida, poco inteligente, que me exime del juicio porque si yo pienso que todo debe cambiar no me voy a tomar el trabajo de evaluar.

**De cara a los tiempos que vivimos y a los que vienen, ¿se ha redefinido el rol del intelectual en Venezuela en relación con el pasado?**

Nuestra sociedad precisa de perspectivas plurales, no de una imagen patriarcal que funcione a la manera de un oráculo, de un faro, de un conductor de la nación. Una consecuencia positiva de la crisis política actual es que la actividad intelectual ha salido de los guetos que le son asignados, pero no a través de una sola voz rectora sino de varias que la gente lee, escucha, comenta. El rol de los intelectuales tiene que redefinirse, además, porque la gama de intereses sociales se ha multiplicado; el único problema no es la nación pues también existen conflictos que responden a determinados sectores o temas como el de la mujer. El caso de las mujeres intelectuales muestra resistencias a esta redefinición porque su voz todavía es



«La literatura tiene un público minoritario. No me preocupa cómo sería el mundo sin una escritura que reflejara lo que ocurre, sin ese espacio único del escritor en el que se plantea su testimonio ante lo real»

escuchada de modo marginal, sin tener el efecto que podría tener la de un hombre, pero, en mi caso, no dejo de manifestarme por eso. Evito, eso sí, la confrontación directa; el feminismo venezolano ha conseguido grandes avances con una estrategia inteligente de evitar la confrontación directa contra la supremacía masculina, obteniendo más resultados que las militantes de otras regiones. Pero no todas las intelectuales actúan igual en este sentido porque los venezolanos(as) –individualistas, anárquicos– somos poco proclives a la cooperación y solidaridad con intereses sectoriales. Aunque es cierto que ha habido participación política por parte de escritores y creadores en el contexto de la polarización actual, persiste la actitud de huir de las causas sectoriales; esto incluye la literatura: los escritores no se organizan para defender su actividad. Cada uno es genial y no necesita unirse con otro para nada. Este narcisismo impide que abandonemos nuestra identificación como «escritor(a)» o «intelectual» para solidarizarnos como personas con determinadas luchas, sobre todo algunas tan sensibles como el feminismo o las minorías sexuales. En mi caso, mi participación pública ha intentado responder a intereses de carácter nacional y de sectores específicos.

#### ¿Debe modificarse la relación entre cultura, Estado y mercado?

La cultura no puede depender sólo del Estado, que aunque necesario para consolidar las instituciones del sector, produce también pasividad entre los creadores. El estatismo es una herencia izquierdista: la cultura es deber del Estado y el sector privado es negativo porque sus intereses son mercantiles o de dominio ideológico. Entre nosotros se afirma que lo público da absoluta libertad pero lo privado no. Irónicamente, en los países en donde el estado ejerce el poder absoluto se imponen las más rígidas directrices respecto a lo que debe hacerse en la cultura. El gobierno no ha podido imponerse plenamente en este sentido porque la sociedad cuenta con espacios de autonomía –universidades, instituciones con cierta trayectoria, una tradición de libre expresión de la creación y las ideas– y nosotros le hemos hecho frente y resistido. Pero más allá de la coyuntura política en la que vivimos, el escritor tiene que cambiar su visión de sí mismo, perteneciente al ideario romántico de la libertad absoluta, y entender que el caso del gran escritor desconocido que pasó a la posteridad hoy no es más que un mito. Hay que profesionalizarse, escribir de manera regular y con alto sentido de la autocrítica. Debe existir no sólo crítica académica sino también la periodística que reseña, positivamente o no, los libros y sea tomada en cuenta por los autores. Reconocer limitaciones y profesionalizarse no implica abandonar la calidad o la innovación, sino entender, por ejemplo, que las editoriales privadas requieren de ganancias para funcionar y que el estado no puede ser garante del futuro de la literatura.

#### ¿Las políticas culturales de Estado deben pensarse en función de la integración regional (MERCOSUR, CAN...) y de la globalización?

Por supuesto, las políticas de Estado son necesarias al momento de pensar en la apertura de los mercados editoriales en tiempos de globalización, pero tienen que abarcar también la acción privada. No creo que Venezuela esté preparada para esto, más allá de algunas medidas arancelarias o fiscales que se toman respecto al libro: los escritores tienen que profesionalizarse, hace falta una industria editorial de la que carecemos y necesitamos entender la magnitud de las editoriales transnacionales, que excluyen a otros productores hasta de las estanterías de las librerías.

#### ¿Cuál es la proyección social, cultural e ideológica de la literatura en esta época?

La literatura tiene un público minoritario. No me preocupa cómo sería el mundo sin una escritura que reflejara lo que ocurre, sin ese espacio único del escritor en el que se plantea su testimonio ante lo real. La literatura reivindica el valor del individuo ante los totalitarismos, los políticos o el propio de las sociedades masificadas por la industria cultural. Debe seguir existiendo aunque termine siendo un producto para los académicos. No importa: los núcleos del pensamiento universitario sostienen aún el pensamiento desde el que lo individual puede desarrollarse. La literatura se opone a la cultura de masas pues el escritor trabaja en soledad a diferencia de los cineastas y el guionista de telenovelas, y, con limitaciones, dispone de una mayor libertad. Es cierto que los guiones para cine y televisión, los textos sobre temas de interés general, el testimonio o las narraciones multimedia forman parte de los campos que se le han abierto al escritor en tanto profesional y le permiten una influencia inmediata mayor que la de los novelistas o poetas. Pero como no tengo talento o vocación para estos tipos de escritura, escribo sin esperar ser leída masivamente y trato de rescatar un espacio de la individualidad que puede comunicarse a otras individualidades, cosa que creo que la cultura de masas no permite.

#### ¿Como piensa su escritura hoy?

Soy de una generación que creyó que la literatura podía transformar al mundo, idea que ya no sostengo. En todo caso es una transformación de mucha menor incidencia a la de otras transformaciones, de un tipo distinto al producido, por ejemplo, por los anticonceptivos. Es factible que más allá de las intenciones del autor, el trabajo con el lenguaje posibilite que sus concepciones sobre el mundo influyan en las sociedades, como es el caso del surrealismo en el siglo XX en ámbitos no solamente artísticos. Insisto: mi objetivo al escribir no es este –independientemente de que varias de mis novelas tengan que ver con conflictos propios de la sociedad venezolana–, es provocar en el lector un efecto, una resonancia.